

MARTA HUELVES

La MEMORIA del TEJO

**Un misterioso secuestro
en un pueblo de Asturias**

E  BOLSILLO

Los escenarios de la novela



IRENE ADORABA EL orvallo.

Cuando ella era una niña, Berta, su madre, la observaba sentada en el escalón de entrada de la casa, sonriendo al mirarla y casi sin hacer ruido, temerosa de distraer el juego en el que su hija giraba y giraba con la boca abierta, y la cara y las palmas de las manitas hacia el cielo. La lluvia mansa se posaba en su abrigo rojo y en su pelo castaño; se le derramaba sobre las pestañas y en la punta de la nariz. Los árboles situados frente a la casa acompañaban en la dicha a Irene, mecían sus ramas y dejaban caer pequeñas gotas de lluvia hasta estrellarlas contra las hojas caídas, como una canción de arrullo.

LLUEVE EN COLOMBRES, mansa llovizna, cuando Berta se asoma a la ventana de la cocina sin atreverse a descorder del todo la cortina. Han pasado muchos años desde aquel baile infantil. Los árboles del bosque esperan junto a la casa, como si también ellos estuvieran aguantando la respiración; las nubes de vaho que el orvallo de otoño arranca del suelo de hojarasca se condensan en el cristal en forma de gruesas gotas transparentes que caen por su propio peso, igual que las lágrimas al resbalar por las mejillas de Berta.

El gris lechoso del cielo ondula hasta esfumarse, devorado por la noche. El bosque oscuro sobre un manto de hojas y, entre la niebla, el cuartel de la Guardia Civil situado frente a la casa, iluminado por la única farola de la calle. La negrura le impide buscar consuelo en las estribaciones de la sierra del Cuera, pese a tenerla tan cerca.

La opresión en el pecho y el dolor punzante, como un puñetazo en la base de la tráquea, abraza el sonido de los latidos de su corazón. Sin pausa, sin descanso.

Abatida por el dolor, Berta cierra los ojos un segundo, tan solo un parpadeo, y, al abrirlos, una oleada de terror en forma de arcada le llena la boca de saliva. El miedo le entra sin freno por cada poro de su cuerpo, haciéndola tiritar de frío. Y, con él, el recuerdo de un terror antiguo, un miedo arrinconado en el lugar más apartado de la conciencia.

Se tapa la cara con las manos mientras niega con la cabeza, sin poder apartar el horror que la consume.

Irene ha desaparecido.

1

Angustia

HACE AÑOS, LA primera vez que Berta Vega pisó el suelo de la villa asturiana de Colombres, en el concejo de Ribadedeva, el mes de agosto languidecía, resistiéndose a abandonar el calor que espanta a los asturianos y que a ella, madrileña, solo le provocaba una sonrisa.

Empezaba una nueva vida con apenas veinticinco años, recién licenciada en Filología y con una plaza de profesora en el colegio público de la localidad. Un tanto desorientada, Berta aparcó el coche en la plaza Manuel Ibáñez, junto al ayuntamiento, y luego continuó a pie, sin rumbo fijo, en dirección al Museo de la Emigración. La calle soportaba tranquila el calor. Por toda compañía, tan solo un rumor de agua que provenía de una fuente cercana y un paisano ocupado en las necesidades de un enclenque perro de aguas. El enrejado de la finca le llamó la atención. Las puertas abiertas invitaban a adentrarse en un jardín bien arreglado que se extendía a los pies de una majestuosa casa de indianos: la Quinta Guadalupe.

La fachada, que en sus orígenes casi hacía daño a la vista con su blancura inmaculada, lucía ahora pintada de azul maya, eclipsando por completo la naturaleza que la rodeaba. Le pareció curiosa la tradición de los concejos del Oriente de Asturias de pintar las fachadas de las casas de colores. En aquel mismo momento, Berta decidió que sería

ese azul maya el color de la vivienda que acababa de adquirir en el pueblo.

Accedió sin pensarlo al jardín y rodeó la quinta a través de un camino de grava. Los magnolios de hojas brillantes le cortaron la respiración y deseó con todas sus fuerzas poder descansar bajo su sombra. Las altísimas palmeras le produjeron el mismo efecto, a las que encontró un tanto desubicadas. Miró el reloj.

Mediodía.

Un último vistazo antes de regresar al coche. Algo en su interior le decía que aquella villa se convertiría en una parte trascendental de su vida.

REFUGIADA EN LA cocina y sin apartar los ojos de la ventana, Berta espera con una impaciencia dolorosa que alguien le comunique alguna noticia sobre el paradero de Irene. En ese momento mataría por una buena noticia.

—Bébetelo café y deja de curiosear en el móvil de la niña. Meterte en sus asuntos no te beneficia —dice con voz tranquila la mejor amiga de Berta, Covadonga. Cova, como la conocían en el pueblo, consigue que levante la cabeza del teléfono. La Guardia Civil le acababa de devolver el móvil de su hija, que una vecina había encontrado en el camino de El Cantu, cerca de la frontera con Unquera, ya en Cantabria. Berta se seca una lágrima y observa la cara sonriente que Irene muestra en la fotografía de fondo de pantalla del móvil.

—Me estoy asfixiando, Cova. No sé qué voy a hacer —dice la profesora con un hilo de voz mientras se recrea en la foto.

—Esperar. Solo nos queda esperar —contesta ella al acariciar la melena ondulada de su amiga. El contacto físico es la forma de comunicación más antigua que conoce el ser

humano, y acariciar el pelo, un acto íntimo, un gesto cariñoso que nace de la persona que acaricia y apacigua hacia la que lo recibe. Con ese gesto, Cova espera aliviar en lo posible, o más que aliviar, compartir, la opresión que asfixia el pecho de su amiga—. Esperaremos juntas. No pienso moverme de tu lado.

—¿Por qué se han llevado a mi niña? ¿Quién quiere hacernos daño? La policía ni siquiera sabe decirme si la han secuestrado para pedir un rescate por ella o si se trata de algo mucho más horrible.

—Todo el mundo la está buscando —es lo único que se le ocurre decir a Cova. La situación le parece tan surrealista como el aterrizaje de una nave extraterrestre. La desaparición de una adolescente en un pueblo tranquilo como Colombres es algo que a ninguno de los vecinos de la villa se le había pasado siquiera por la imaginación. Y mucho menos que la elegida fuera la hija de una mujer soltera cuyo sueldo de profesora no le permitía grandes alegrías.

—Estoy desesperada. —Berta continúa sin apartar la vista del teléfono móvil, que sostiene con fuerza entre las manos—. Acabo de descubrir que Irene se ve con Jandro a mis espaldas, sin decirme nada. ¡Cuántas cosas más me ocultará!

—Confía en ella. Es normal. ¡Que la *guaja* cumple ya quince años! Jandro es su tío. Para una adolescente, tener a un familiar en Gijón es como posar un pie en el cielo —responde con una sonrisa displicente. Cova le quita el móvil de las manos, lo deja sobre la mesa y lo sustituye por una taza de café humeante—. Por las conversaciones de WhatsApp, se han visto un par de veces. A nadie le parece raro que la familia se reúna para salir a cenar.

—Lo sé, lo sé, Cova. —Berta suelta el aire, derrotada. Agradece de corazón las atenciones de su amiga, aunque no se le escapa que, a pesar de sus palabras de aliento y por

mucho que intente calmarla, tiembla de miedo tanto como ella—. No me hagas caso.

—Recuerda lo afortunada que eres. Irene es una buena hija, *estudiosina* y cumplidora. Los compañeros de clase me han dado muchos besos para ti. El colegio entero está volcado en su búsqueda. La verdad es que me sentí aturullada, no dejaron de darme ánimos. Nada más conocer lo que pasó, sus amigos se lanzaron a las redes sociales: Instagram, Twitter... La noticia salió en la prensa y el director va a entrevistarse con una reportera que envían los de la TPA. —Cova deja escapar un suspiro. Las palabras le salen a borbotones a causa de los nervios—. Berta, todos te quieren y quieren a tu hija. Ya lo viste en la batida que organizó la Guardia Civil. Creo que no faltó nadie. Hasta el sieso del jefe de estudios se presentó voluntario.

—Sin resultados.

La contundencia de la respuesta golpea el ánimo de Cova, que ya no sabe qué hacer para consolar a su amiga.

La mujer demacrada y aterrada que sufre frente a ella no tiene nada que ver con aquella chica jovial y de porte elegante que andaba en boca de los vecinos cuando llegó al pueblo. La amistad entre ellas surgió como un flechazo: nada más conocerse, se hicieron inseparables. Profesora de Lengua la una y de Matemáticas la otra, compartían trabajo y amistad dentro y fuera del recinto escolar. Cova materializó la parte asturiana que le faltaba a Berta, le facilitó un período necesario para adaptarse a las costumbres y a las gentes de la villa; le presentó a los vecinos y, sin consultar sus preferencias, la incluyó en todos los festejos que se celebraban en Colombres, sin importar si se trataba de una *pumarada* o de una misa.

—Perdóname. —La mano de Berta roza la de su amiga—. Ya sé que Irene es buena estudiante, que sale con las amigas

y que no tiene novio, al menos que sepamos... Porque, después de lo de Jandro, ya no sé qué pensar. Lo único cierto es que mi niña no se ha ido voluntariamente.

—Anda, boba. Bébetelo el café, que se va a enfriar —le dice Cova volviendo la cara para que no la vea llorar. Entonces repara en las fotografías que decoran la puerta del frigorífico, sujetas con imanes de lo más variopinto. Es tal la acumulación de sonrisas, puestas de sol y caras felices que se le hace un nudo en el estómago—. Verás que, más pronto que tarde, sabremos de ella. No paro de pedírselo a la Santina, que debe estar harta de mí.

Cova sonrío, enciende una vela y la añade a las anteriores, alineadas en un altar improvisado sobre el microondas en torno a una figurita de la virgen de Covadonga: la Santina. Mientras Berta bebe con desaliento pequeños sorbos de café, ella se asoma a la ventana. «¿Cómo se consuela a alguien cuya hija desaparece de forma tan misteriosa?», se pregunta en un intento por apartar de su mente los horribles pensamientos que la asaltan. Resultaba muy difícil obviar los comentarios de los paisanos. La dependienta del supermercado, la de la farmacia y hasta la concejala de Cultura se persignaban al pronunciar el nombre de Irene.

—¡Pobrina! —suspira en voz baja.

MARTA HUELVES

Autora de La memoria del tejo

EL TERCER LAGO

**Crimen y leyenda en el corazón
de las montañas de Asturias**

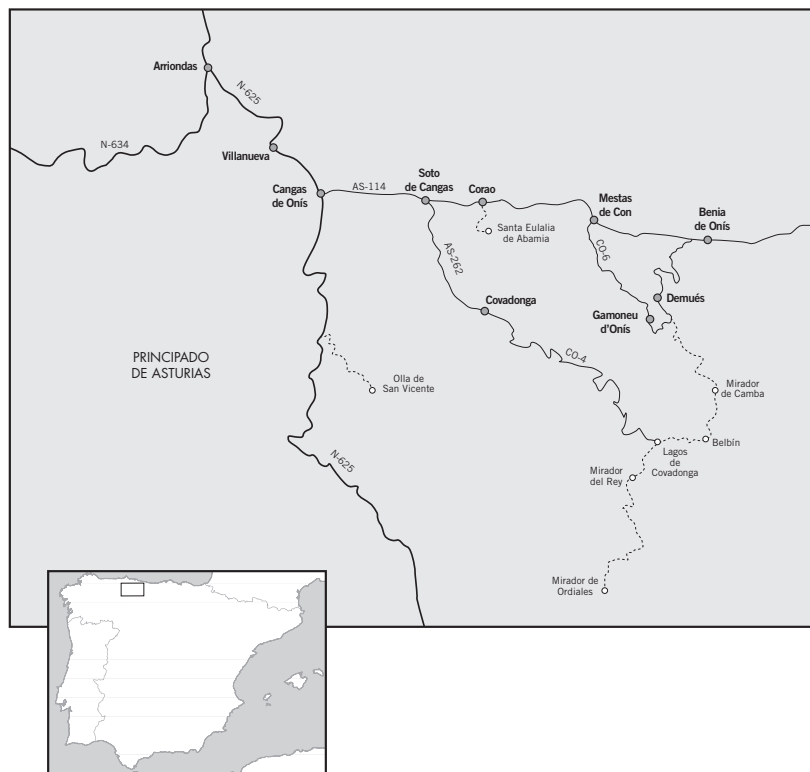
EMBOLSILLO

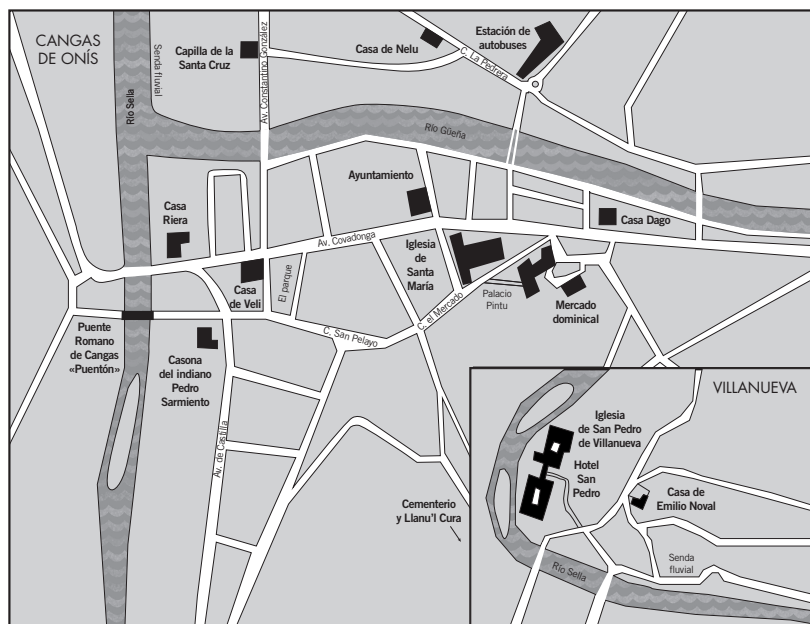
A Lucía

A Paula

Sois mi Tierra Prometida

Los escenarios de la novela





*Déxame tiempu pa recordate
que nos picos d'europa nun hay en tres partes,
que nos picos d'europa nun hay en tres partes,
nin tenemos más patria qu'estes montañes
nin más fronteres que les del aire.*

De Los Picos D'Europa
ANABEL SANTIAGO

*¿Qué es la supervivencia?
Una infinita capacidad de sospecha.*

El topo
JOHN LE CARRÉ

Cuatro años atrás

LA VOZ DEL hombre rebasó el límite de la cortesía en la conversación. La de la mujer también. Un grito. Otro, y otro más. Primero el hombre, luego ella. Primero ella, luego él. Un portazo y un nuevo grito. Reproches. La mayoría de las frases estaban salpicadas de insultos.

Se escucha el sonido de una cisterna. Una voz infantil. Otro portazo. Una voz juvenil y el sonido de las ruedas de una maleta sobre el pavimento. Abrir y cerrar cajones. Arrastrar sillas. Subir cremalleras. Un nuevo enfrentamiento antes de abandonar la vivienda. Más reproches. Gritos. Aspavientos. El llanto del crío conmueve al hombre y repugna a la adolescente.

Adioses. Hastanuncas.

La puerta del garaje se eleva. La del maletero del coche se cierra con un golpe cuyo eco confunde la procedencia del sonido. Se cierra la puerta del conductor. Riña para ver quién ocupa el asiento del copiloto. Gana el niño. La adolescente se acomoda detrás. El hombre observa desde la ventana. Ruido de motor.

Noche.

La conductora enfila la carretera.

Luz. Oscuridad. Luz. Oscuridad. Luz. Oscuridad.

Las farolas desaparecen y se abre ante ellos el bosque. La carretera zigzaguea cuesta abajo.

A la derecha, a la izquierda.

La mujer habla sola. Insulta hacia la negrura de la noche. Frena. Estira molesta de la falda. Reprende al niño. Acelera. Mira por el retrovisor. Reprende a la chica. Maldice. Nom-bra al hombre. Maldice. Lloro.

Un jabalí cruza la carretera. Ella lo ve. Frena. Grita. Se espanta. Gira el volante y golpea al animal. Gira el volante hacia el lado contrario. Las ruedas chirrían. El niño y la adolescente gritan. El coche se sale de la carretera. Una de las ruedas se hunde en el badén. Ella pierde el control. El vehículo avanza a toda velocidad hacia el precipicio.

Acordarse de Dios es lo último que ella hace antes de incrustar el coche en el barranco. Gritos. Ruido de cristales rotos. Y...

Silencio.

Silencio.

Silencio.

La noche aún durará unas horas.

Silencio

Un hilo de voz rompe el silencio.

Fais-moi sortir d'ici!

(¡Sacadme de aquí!)

Oriente del Principado de Asturias

Finales de noviembre
Cangas de Onís

EVELINA CHASQUEÓ LA lengua y alzó los ojos al cielo.

¡Ah!, la niebla.

Asomada a la ventana inspiró solo una pequeña bocanada de aire, lo suficiente como para determinar con precisión de sabueso el perfume de la madrugada; de la mañana, más bien.

El reloj marcaba las ocho en punto.

Hora de ir a trabajar.

Cuando atravesó el portal, la humedad que emanaba del río Sella se le ciñó a la cara como un velo de novia. Entonces comprobó que no era niebla. Mezclada con el humo —restos del incendio que había consumido varias hectáreas de matorral los días anteriores—, conservaba el sabor de la madera calcinada. Sintió que la pena le subía hasta la garganta, y a través de la neblina adivinó el perfil de las montañas y su imperceptible silueta. Si hubiera heredado la maestría de su padre con el lápiz, las habría dibujado de memoria, aunque el espesor era tal que apenas distinguía el contorno de la calle.

Chasqueó de nuevo la lengua, se ajustó el cuello del abrigo y recorrió los escasos metros que la separaban de su vehículo. El trayecto sería breve, como todos los martes, jueves y sábados de cada mes. Atravesó la avenida de

Castilla y se incorporó a la N-625, dirección Arriendas. La carretera nacional era la ruta más rápida para salvar los tres kilómetros que había hasta la vivienda en la que trabajaba como empleada de hogar en la vecina parroquia de Villanueva.

La casa de la familia Noval.

¡Los Noval, nada menos!

Mientras recorría las calles, Cangas de Onís se desperezaba. La niebla parda la acompañaba en su rutina. La vivienda se encontraba fuera del pequeño núcleo rural de Villanueva y se accedía a ella por un camino sin asfaltar.

Evelina, o más bien Veli, ya que prefería el diminutivo de su nombre, estacionó el coche a tientas, y a tientas abrió el portón trasero y extrajo una bolsa de deporte en la que no había nada que recordara ni de lejos una actividad deportiva. Aunque sí de limpieza: una bata, un par de guantes y las pantuflas de lana, bien calentitas.

Un último vistazo al coche antes de dirigirse hacia la casa.

Una puerta metálica con pretensión de muralla a la manera de un castillo fortificado salvaguardaba la casona de piedra. Era un vecindario tranquilo en el que convivían grandes propiedades rehabilitadas, con casuchas de tejados rojos y maderas roídas por el paso de los años. Cuando el señor Noval decidió perimetrar la finca y obstruir la entrada con un portón de casi dos metros de altura, se convirtió en la comidilla de los vecinos, poco habituados a la desconfianza. «Cosas de Francia», cavilaban entre ellos por aquello de señalar el recelo como fruto de las costumbres del país donde había vivido la familia.

Una vez superado el elemento disuasorio, una intensa sensación de acogida sorprendía al contemplar el jardín delantero. Debido a la escasa visibilidad, la mujer avanzó con

desconfianza por el césped cuidado, blandengue y salpicado aquí y allá de piedras extraídas del río Sella y decoradas con dibujos, cuyo significado se le escapaba. Pasó muy cerca del impresionante fresno, una presencia que imprimía carácter a la parcela, y del joven cerezo, capricho de Mónica, la hija del propietario.

La noche anterior, poco antes de la hora de la cena, Emilio Noval contemplaba el cielo emborronado que se extendía sobre el jardín como un edredón mullido. Las gotas de vapor de agua se condensaban deslizándose por el perfil de las montañas en una avanzadilla de la niebla. Alguien quemaba rastrojos. El aire olía a ceniza, lo que estimulaba su nariz con un molesto picor. El foco del incendio boqueaba tras consumir parte del matorral, pero todavía emitía fogonazos anaranjados que teñían las nubes.

Dos pasos más allá, la mujer volvió a dudar bajo el muro de piedra sobre el que se alzaba una típica casa asturiana de dos pisos, corredor sobre machones y galería. La empleada sacó las llaves del bolsillo y se percató de que el portón del garaje estaba abierto. Reconoció el coche del señor Noval. Algo extraño, dada la hora. Lo normal era que, cuando ella llegaba, él ya hubiera salido. Algunas veces, pocas, se cruzaban un momento en la entrada. Él la saludaba con la mano y mostraba una gran sonrisa que le rellenaba los mo-fletes, y enseguida salía disparado calle abajo, haciendo chirriar las ruedas del vehículo contra la gravilla.

«O se le pegaron las sábanas», pensó como algo natural el hecho de quedarse en la cama un día de niebla.

«O está enfermo.»

«O está acompañado.»

Enseguida descartó la visión del señor Noval en compañía de un hombre o una mujer. Aquello no era de su incumbencia. Su trabajo se limitaba a limpiar la casa y a preparar la comida. Ver, oír y callar.

El relente de la noche invitó a Emilio a resguardarse, primero bajo el alero y después en el interior de la casa. Lo molestaban sobremedida las noches de niebla.

Evelina entró en la vivienda y cerró la puerta con ganas, dejó fuera la niebla y experimentó una sensación de bienestar semejante a la que procura un suspiro. Al momento percibió el olor, la fragancia delicada de la nuez moscada. La boca se le llenó de saliva y en su cerebro se iluminó la imagen de una lasaña, de una masa de croquetas tiernas y untuosas. Aspiró el olor hasta llenar los pulmones. «Bechamel.» Pronunció bajito la palabra varias veces y a su memoria acudió el recuerdo del primer día de trabajo en la casa.

Veli iba recomendada por su vecina, la señora Pura, la del Cuetu. En la casa de los Noval necesitaban una asistenta con mano en la cocina y hacendosa. Y allí se presentó, hecha un manojo de nervios que desapareció como por encanto cuando se encontró en la cocina a Emilio Noval. El hombre iba ataviado con un delantal y aferraba una sartén en la que daba vueltas a una masa cremosa de croquetas con un apetecible tono dorado.

—Rállame un poco de nuez moscada —recordó que le había pedido nada más entrar en la cocina.

—Señor Noval, no conozco la nuez moscada.

—Mira. —Emilio Noval se retiró de la lumbre y se lavó las manos. Era un hombre moreno, delgado y fibroso. Nada destacable. De espaldas habría pasado desapercibido a ojos de cualquiera, sin embargo, poseía un rostro tremendamente atractivo y era de los que sostenía la mirada sin parpadear, como si escrutara la reacción en la otra persona.

El señor Noval sacó del especiero un frasco que contenía un puñado de bolas de un color a medio camino entre el gris y el marrón, que a ella le recordaron a las canicas de madera con las que jugaba de niña.

—En realidad, no es una nuez —le había advertido Noval mientras espolvoreaba sobre la masa de croquetas el resultado del rallado. Y al instante aquella cocina se convirtió en el escenario de un cuento de *Las mil y una noches*.

Jamás en la vida había olido algo tan maravilloso.

Ante la sonriente cara de Emilio, Veli tocó el cielo.

Emilio consultó el teléfono móvil y lo abandonó con desidia sobre la mesa. Se ató el delantal, batió un par de huevos y se preparó una tortilla francesa para cenar. Instalado en el cuarto de estar y para diluir la soledad, decidió ambientar la triste tortilla con música. Encendió el equipo y seleccionó un vinilo. Mala decisión. Los melancólicos rifts del Rambling on my mind en la guitarra de Clapton, su músico favorito, lo enervaron. Apenas aguantó unos cuantos acordes antes de apagar el equipo. No estaba de humor, y decidió que cenaría en silencio.

La empleada del hogar sacó la bata, los guantes y las pantuflas de la bolsa de deportes y se dirigió a la cocina. Un solo plato en el fregadero le indicó que el señor Noval había cenado sin la compañía de su hija.

Salió al pasillo y se colocó la bata. Comprobó de un vistazo que las puertas del aseo y de la despensa estaban abiertas. Observó entonces que la del cuarto de estar permanecía inusualmente cerrada. Con un hormigueo muy desagradable que le recorrió todo el cuerpo, avanzó un paso, dos, tres. Se detuvo ante la escalera de madera que accedía al piso superior y apoyó el pie en el primer peldaño. El escalón crujió con el peso y ella contuvo el aliento.

—¡Señor Noval! —gritó con voz firme.

Esperó unos segundos durante los que no obtuvo respuesta.

—¡Mónica!

Llamó a la hija, convencida de que no se encontraba en la casa. Quizá fuera una apreciación subjetiva, pero el

silencio la descolocó. En el corazón de Veli se encendió una alarma que le erizó la piel. Algo no encajaba.

La cena fue breve e incómoda. La discusión con su hija le había dado dolor de cabeza. Emilio salió del cuarto y depositó el plato sucio en el interior del fregadero. Ya de regreso, se detuvo en el salón y localizó su ordenador, olvidado sobre uno de los sillones. Acababa de recordar que al día siguiente era martes y que la asistente iría a la casa. Podría pedirle que cocinara uno de esos arroces que se le daban tan bien. Encendió el portátil. En ese momento, un golpe seco procedente del exterior lo distrajo, pero continuó sin darle importancia.

Veli reparó en que el ordenador de Emilio se mantenía en equilibrio sobre el brazo del sillón y lo situó sobre la mesita. Al hacerlo, se percató del parpadeo de una luz roja. En la pantalla aparecieron varios ficheros. Una nota recordaba las citas pendientes; nombres de clientes, nada interesante. Decidió entonces adentrarse por el pasillo y la intensidad del olor a especias aumentó. El silencio hacía que se revolviera por dentro.

Un golpe en la ventana provocó que se girase alarmada. Comprobó, con el corazón acelerado, que el gato del vecino se paseaba tranquilamente por el alféizar. La incertidumbre se encendió como un neón en plena noche hasta conseguir incomodarla. «No te preocupes tanto, Veli —se dijo a sí misma—. Seguro que la cría pasó la noche con su amiga y Emilio salió temprano.»

La mujer controló el breve temblor de la mano al empujar el picaporte. Entró en el cuarto. La niebla suspendida en el exterior mantenía la habitación en penumbra. Las sombras perfilaban la vitrina de cristal y el cuadro de un bodegón colgado de la pared. Todo estaba recogido.

Emilio regresó al cuarto de estar con una botella de vino dulce en la mano. Se sirvió un vaso y lo dejó sobre la mesita auxiliar.

Olfateó y se relamió. Le apetecía saborear antes de acostarse ese vino especiado que importaba de Francia. Minutos después escuchó el timbre de la puerta. «Mónica tiene llave, aunque con la bronca de antes y la espantada, lo mismo la ha olvidado», pensó al tiempo que su cerebro elaboraba una explicación para aquella inesperada visita. El timbrazo se repitió. Antes de abrir, describió la cortina y echó un vistazo. La niebla que comenzaba a posarse en el suelo lo emborronaba todo. Dudó un momento antes de reconocer a la figura que esperaba detrás del cristal, y abrió la puerta.

Veli tardó unos segundos en acomodar la vista a la falta de luz y en reconocer a Emilio Noval. Estaba sentado en el sillón orejero de flores azules con los ojos muy abiertos y un rictus de terror que la dejó sin aliento. Se acercó con cuidado y descubrió una gran mancha de sangre a la altura del corazón que empapaba la camisa y parte de la tapicería del sillón.

Emilio Noval estaba muerto.

La mujer ahogó un grito de espanto, sobrecogida por la escena. Recorrió el cuarto de un vistazo mientras intentaba controlar el temblor de su cuerpo. Reparó en la botella vacía y en el vaso sobre la mesa. Pero su mente solo era capaz de concentrarse en el intenso aroma a nuez moscada.

Como si nada, como si nadie, como si nunca

Gijón

LA AGENTE DE la Policía Nacional de Gijón, Marina Roldán, se despertó de sopetón. Necesitó unos instantes para ubicarse; las pastillas que el médico le había recetado para combatir el insomnio la dejaban grogui. Palpó con pereza el lado opuesto de la cama en busca del contacto con la piel de su marido y recordó que había dormido sola. Carlos, arqueólogo de profesión, participaba esos días en unas jornadas sobre arte prerrománico asturiano en la ciudad de Oviedo.

Un instante después le acudió a la memoria que aquella mañana solitaria era su primer día como parte integrante de la Unidad Especial de la Policía Nacional en el Principado, con interés único en los concejos del Oriente.

Y no tenía ni pizca de ganas de salir de la cama.

En los últimos días la consumía un pensamiento recurrente que conseguía sumirla en un estado de profundo malestar físico. Debería de estar contenta, puesto que la resolución del caso anterior confirmaba su buen hacer como policía. Era la primera vez que se enfrentaba a un delito de violación y lo habían resuelto con éxito. Sin embargo, la envolvía una sensación agridulce. Aunque habían atrapado al culpable, el coste personal mermaba la satisfacción por el trabajo bien hecho.

Marina llegó a Gijón procedente de Madrid con la intención de escapar de un entorno hostil. El comisario al mando

de su unidad la acosaba sin descanso y, cuando logró reunir las fuerzas suficientes para denunciarlo, este aumentó su obsesión hacia ella hasta conseguir aislarla del resto de compañeros. Su carrera como policía se hundía antes de empezar. Había deseado pertenecer al Cuerpo desde que era una niña, pero las posibilidades de progresar se esfumaron, y con ellas su futuro. La solución pasaba por abandonar el Cuerpo o cambiar de destino. Y optó por la segunda. Gijón era una ciudad desconocida y activa donde poder rehacer su vida y avanzar. En contra de lo previsto, desde que pisó la ciudad por primera vez, la vida le había pasado por encima sin darle tiempo a reaccionar. Todos esperaban demasiado de ella. Su jefe, porque ignoraba que carecía de la cualificación necesaria para resolver ciertos crímenes, y Carlos, porque esperaba que el cambio de aires remontase su matrimonio. Lo único que deseaba era no defraudarlos.

Salió de la cama con una nube gris sobre su cabeza y se enfrentó a un nuevo día.

A LAS OCHO de la mañana, la playa de San Lorenzo recibe a los madrugadores con un olor picante en la nariz. El aire está cargado de sal. La vista sobre el mar es tan poderosa que resulta difícil resistirse. Uno considera como algo natural apoyarse en la barandilla que bordea la playa y asomar la vida al Cantábrico. Sin duda, es un ejercicio reparador.

Durante el tiempo en que la agente contemplaba el ir y venir de las olas en el paseo de El Muro, que discurre en paralelo a la playa, las furgonetas de reparto surgían con la abundancia de las setas en temporada. La gente caminaba apretada hacia su trabajo, recién peinados y perfumados. Adolescentes vocingleros, callados, uniformados, asqueados,

resignados o sonrientes recorrían un día más el camino hacia la escuela.

Un barco.

Dos.

Demasiado lejos para distinguir el rostro de los pescadores.

Surfistas enfundados en monos de neopreno y nadadores avezados, cuya edad supera la setentena, recalán en la orilla con la cara enrojecida por el frío y una sonrisa de satisfacción. Un día más, el Cantábrico vigila la vida de la ciudad de Gijón.

A la izquierda se alzaba la iglesia de San Pedro, y junto a ella las termas romanas de Campo Valdés, unas ruinas subterráneas bien conservadas donde los romanos acudían a socializar. Marina recordó que su marido había preparado la visita a las termas el mismo día que ella llegó a la ciudad, recién trasladada desde Madrid. El paseo posterior lo había aprovechado para introducirla en la vida gijonesa. Así fue como se enteró de que las escaleras de acceso a la playa están numeradas del cero al dieciocho. A la número cuatro la llaman la Escalerona, y a la dieciséis se la conoce como el Tostaderu.

Los cristales de las ventanas de los hoteles que perfilan el paseo señalan el recorrido del sol. Es el momento en que los bares y cafeterías se llenan. Las mesas ocupadas y, en la barra, imposible encontrar un hueco. Aroma a café, a bollería, a pan horneado y churros. Churros con chocolate. Eso es lo que vio Marina a través de la cristalera del bar donde se había citado con su jefe, el inspector Salvador Bedia.

El reflejo de su cara sobre el vidrio le devolvió un rostro triste, el de una mujer ambiciosa que pasaba por una racha incierta. Los pómulos acentuados por el cansancio destacaban su nariz aguileña. Marina deslizó la mano bajo los párpados en un intento por borrar las arrugas y las ojeras.

En el interior de la cafetería, la imagen de Bedia paladeando el churro que acababa de llevarse a la boca le arrancó una sonrisa. La gomina brillaba sobre los cabellos negros del inspector y destacaba las primeras canas. Los mofletes alombrados por una barba fuerte y resistente al afeitado se movían acompañados por la acción de ingerir hasta el último sorbo de chocolate que resistía en la taza. El hombre, con trazas de gigante, disfrutaba como un niño.

Marina consultó el reloj, echó un vistazo a sus zapatos relucientes y entró en el bar. Los ojillos negros de Bedia se iluminaron al verla. El hombretón le hizo una seña con la mano y la invitó a sentarse.

—Llegas a tiempo —dijo chupándose con fruición el dedo pulgar y borrando con ello cualquier resto de chocolate—. Y no me gusta la forma en que me miras.

—Creía que habías empezado el régimen. Te veo en forma. —La agente le pidió al camarero un café con leche y un par de churros, y se sentó a su lado.

—Yo a ti no. —La voz del inspector mostraba a las claras que le había fastidiado el comentario de su subalterna—. Estás más pálida y tienes cara de pocos amigos.

—Últimamente no duermo bien.

—¿Una mala noche, Marina?

—No más que otras, Salvador.

Bedia se limpió la boca con una servilleta y se repanchigó en la silla.

—Para tu información, llevo más de dos horas despierto, la última en comisaría. Luego te explico. Por cierto, tenemos una nueva incorporación en el equipo. Se llama Nora Sirgo, es licenciada en Psicología y se le dan de miedo las redes sociales. Enseguida conectó con Cueto. Como sabes, a Quirós lo asignaron a otra unidad porque le falta poco para jubilarse. La chica es joven, despierta y muy competente. Lo comprobarás

en cuanto la conozcas. —Agitó la mano derecha como si espantase una mosca—. Tú y yo nos vamos a tomar un respiro. Cinco minutos que vas a añorar hasta la lágrima en cuanto salgamos de este bar. —El hombre se acercó a ella—. Marina, relájate y mastica.

En cuanto finalizaron aquellos cinco minutos, los agentes de la Policía Nacional abandonaron el establecimiento.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Roldán fingiendo un entusiasmo que no sentía.

—Vamos a Cangas de Onís. Estoy pendiente de la llamada del juez. Tenemos un caso. Un afamado empresario apareció muerto en su casa. Si salimos ahora llegaremos en... —miró el reloj—, más o menos una hora. Tengo el coche estacionado un poco más abajo, pero nos sentará bien caminar. Espero que descansaras lo suficiente.

—He tenido días mejores —contestó soltando un gruñido—. No sé en qué momento llegué a pensar que mis problemas se arreglarían alejándome de Madrid.

En los últimos días, ciertos pensamientos revoloteaban sobre su cabeza. Abandonar. Regresar a Madrid. Alejarse de todo, incluido su marido. Hasta se le había ocurrido dejar el Cuerpo y buscar otro trabajo. Avanzaba por un terreno de arenas movedizas. A Marina el pasado la atormentaba y el futuro le causaba vértigo.

—¡Sácate esas tonterías de la cabeza! —espetó Bedia como si pudiera leerle el pensamiento—. Esconde la porquería debajo de la alfombra y continúa barriendo.

—No es fácil —contestó esquivando una farola e intentando seguir el paso decidido del inspector.

—¿Y quién te dijo que lo sería? Hicimos bien nuestro trabajo, para eso nos pagan. Ya habrá tiempo de lamernos las heridas.

Marina bajó la mirada y sus ojos se posaron en la punta de sus zapatos, siempre impolutos. Aceleró el paso a la vez

que aspiraba tanto aire como le cabía en los pulmones, y experimentó un profundo y hueco dolor al que empezaba a acostumbrarse.

Sobrellevar el dolor y aguantar el mal rato.

Eso es de valientes.

«A veces hay que continuar, como si nada, como si nadie, como si nunca.» Lo había leído en un prescindible libro de autoayuda.

Callejearon a buen paso y se alejaron del bullicio. Entonces Bedia se detuvo, exhibió una enorme sonrisa y accionó el cierre automático de un flamante vehículo policial.

—El Jefe Gris, que es un pedazo de pan, nos facilitó la última adquisición de la comisaría. De momento, nos miman. Nadie confiaba en nosotros y ya ves, ahora resulta que somos la leche. Disfruta de esto, porque uno no sabe cuánto va a durar.

Una vez al volante del coche patrulla, el inspector sorteó las vías más concurridas de Gijón en dirección a la autovía, con la satisfacción que le acababa de proporcionar el desayuno reflejada en la cara.

—Casi se me olvida —dijo deteniéndose en un semáforo—, ayer vi el coche de tu hombre en Villaviciosa. Rosa y yo salimos a cenar.

—¿Carlos? Imposible. Está en Oviedo, en un congreso.

El semáforo cambió a verde y Bedia ni se inmutó. Los claxonazos de los conductores que iban detrás de ellos tardaron poco en escucharse. Con un volantazo se echó a la derecha y frenó el coche en seco.

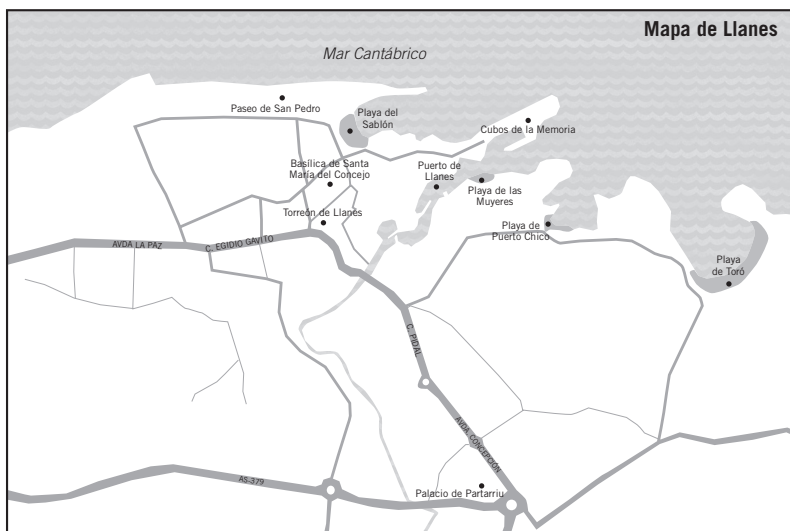
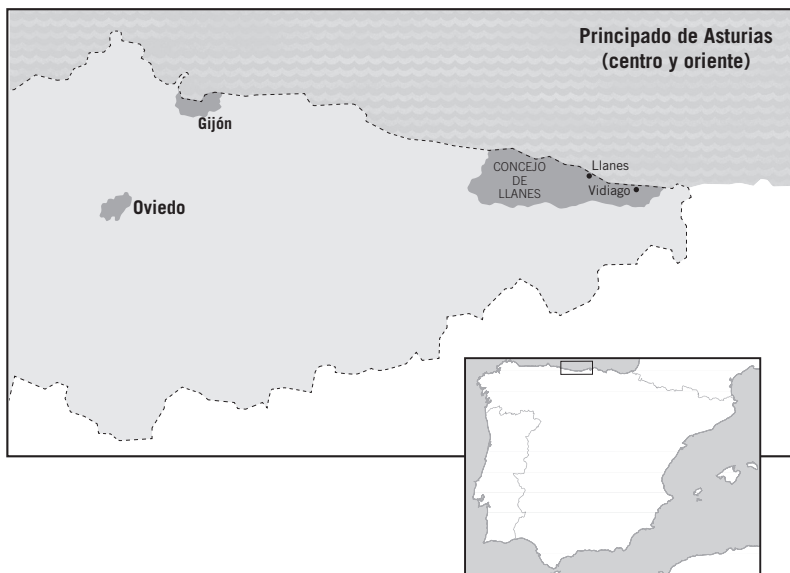
—Roldán, llevó casi veinte años en el Cuerpo. —La cara del inspector se había cubierto de una pátina de autoridad—, y aunque uno ya no es tan espabilado como cuando era joven, todavía soy capaz de memorizar y recordar una matrícula. Si te digo que era el coche de Carlos, es que era el coche de Carlos.

MARTA HUELVES

FLOR
de AGUA

EMBOLSILLO

Los escenarios de la novela



25 de agosto de 2023

NO QUERÍA ESTAR allí.

No quería escucharlo.

No quería conocer la verdad.

El hombre de la camisa blanca albergaba la esperanza de estar equivocado.

Sin embargo, la sospecha se le había incrustado en el velo del paladar.

LA OSCURIDAD TOTAL de la estancia envolvía a dos hombres situados uno frente a otro y sentados en un suelo de losetas mordisqueadas. Un frío húmedo y viscoso traspasaba la ropa hasta tocar la piel. Estaban encerrados en un sótano oscuro y hermético. Sin ventanas, sin ventilación. La única salida era una puerta metálica, cuyos anclajes se hundían en el suelo y convertían aquellas cuatro paredes en un agujero sellado. Los dos eran conscientes de que estaban encarcelados, aislados y sin posibilidad de pedir auxilio. Lo habían intentado todo antes de caer desfallecidos.

Tal vez fuera el golpe que uno de ellos había recibido en la cabeza o el aire irrespirable que los cercaba hasta asfixiarlos lo que complicaba su situación. El hedor proveniente de un sumidero abierto en un rincón les abrasaba la garganta. La tensión crecía hasta acelerar los latidos del corazón.

Ambos sabían que se trataba de un momento crucial, por eso irguieron la postura y miraron a su alrededor, como el que sondea el terreno antes de avanzar. Estaban viviendo sus últimas horas.

El hombre de la camisa roja permanecía quieto, doblado sobre las piernas y con la cabeza entre las manos. Era la viva imagen de la desesperación.

El hombre de la camisa blanca presionaba un pañuelo sobre la herida de su cabeza, mientras movía la pierna izquierda con la cadencia de una gota de agua. Conocía tanto a la persona que tenía enfrente que podía descifrar sus pensamientos. Pero, en contra de lo que esperaba, el hombre de la camisa roja levantó la cabeza y lo enfrentó:

—No sé cuánto tiempo vamos a estar encerrados aquí, ni siquiera si llegarán a tiempo de rescatarnos. En cualquier caso, disponemos de pocas horas. Los gases que respiramos acabarán por matarnos. Así que, voy a contarte una historia —dijo, enjugándose la frente, y se inclinó hacia él palpando en la oscuridad. Tocó su reloj y una luz azulada rompió la negrura durante un instante—. Vas a estar tentado de pensar que lo hago para exculparme, pero, como comprobarás cuando termine, es necesario para contestar a todas tus preguntas. Te lo debo —y continuó con una súplica—. Solo te pido que me prestes atención.

—¡Cómo te gusta que te escuchen! Procura no adornar demasiado el relato, como haces siempre.

El hombre de la camisa roja tensó la espalda y entrelazó las manos. Para contar aquella historia necesitaba adoptar un tono de narrador que le diera la suficiente distancia de los hechos, a modo de cuento. Pensaba que el momento crítico que estaban viviendo así lo requería. Llenó entonces de aire los pulmones, se aclaró la voz y comenzó.

Noche de San Juan de 1997 Llanes, Playa de Toró. Asturias

—EN LA NOCHE de San Juan de 1997 —comenzó el hombre de la camisa roja—, un grupo de amigos llegó a la playa de Toró, en Llanes, sorteando a los que celebraban sentados alrededor de las piedras, excitados por el ambiente festivo y de verbena. La arena los recibía húmeda y fría, esponjosa todavía por el chaparrón que acababa de caer.

»Las familias se reunían en corros en torno a pequeñas hogueras con el objetivo de recibir al solsticio de verano. Los chavales sondearon el terreno y eligieron un lugar a los pies del camino que conduce a los acantilados. Habían estado saltando desde las rocas hasta el mar esa misma tarde, en una suerte de reto irresponsable que repetían con frecuencia. Eran jóvenes, la mayoría no pasaba de los veinte y el sabor a libertad rezumaba por sus bocas. El murmullo del mar acompañaba la fiesta con su ir y venir. La lluvia había agitado la superficie de las olas y la espuma se encabritaba antes de morir en la arena. La sal manchaba los vasos de sidra, que algunas manos elevaban conteniendo el líquido escanciado con pericia. Sidra, cánticos y hogueras. El relente nocturno aflojaba ante el calor del fuego purificador de la Noche de San Juan.

»Podría hablarte de cada uno de ellos, pero solo nos interesan dos: Suso Estrada y Julia Morán.

Un imperceptible movimiento tensó la piel bajo los ojos del hombre de la camisa blanca, que seguía con interés desigual la historia debido al fortísimo dolor de cabeza.

—El chico —continuó el hombre de la camisa roja—, Suso, era el único hijo de un empresario muy importante de Llanes. Un chaval de familia adinerada que acababa de cumplir veinte años. Alto, de complexión atlética y con un gesto de adulto que desdecía su rostro de facciones aniñadas. Destacaba porque tenía madera de líder y se relacionaba con los hijos de la élite de la sociedad asturiana. Suso Estrada fanfarroneaba con heredar el negocio de su padre en cuanto acabase los estudios de Administración y Dirección de Empresas que había comenzado en Londres. Un tipo jovial, guapo y despreocupado, pero en extremo competitivo.

»Ella era diferente a las demás. Una chica del montón y poco preocupada por su aspecto, pero muy inteligente. Una estudiante brillante, observadora, metódica y tan desafiante como él. Julia procedía del entorno rural y vivía con su abuela tras haberse quedado huérfana. A ella le gustaba de él esa pedantería que mostraba ante los demás, pero nunca con ella. El carácter de Julia Morán era un tanto impredecible. Disfrutaba de la velocidad, las noches de fiesta y cualquier reto que pusiera a prueba sus límites físicos. Y ahí coincidieron. La rivalidad entre ellos era tal que la adrenalina hacía saltar chispas. Una atracción física y mental que funcionaba sola.

»Como te digo, uno de los pasatiempos de la pandilla de amigos era lanzarse al mar desde los acantilados. Cuanto más alto y más abrupto era el cortante, más unidos se sentían. La pareja se retaba mientras sus compañeros grababan en vídeo los saltos. Lo único que ambos tenían claro era que su relación tenía poco recorrido y que sus vidas discurrirían

por caminos diferentes. El riesgo formaba parte del disfrute y ninguno estaba dispuesto a renunciar a ello.

»La noche de San Juan de 1997, Suso estaba pletórico. Por fin había conseguido vencer a Julia en un salto kamikaze que dejó a sus amigos sin aliento. Esa noche bebieron, cantaron y quemaron en la hoguera los apuntes del curso anterior. Por supuesto, danzaron y saltaron sobre el fuego en un ritual de purificación.

»Según avanzaban las horas, la euforia de los primeros momentos cedió el paso a los efectos narcóticos del alcohol. Suso se acercó a Julia y le susurró al oído. El contacto despertó la química entre ellos de manera salvaje y decidieron alejarse del grupo en busca de intimidad. Él condujo su coche por una carretera apartada del bullicio festivo y se detuvo en un camino solitario. La pasión se desató. Los besos adolescentes se desbordaron sobre la piel como algo inevitable y acabaron haciendo el amor. Al terminar se quedaron dormidos el uno sobre el otro.

»Ella despertó poco antes del amanecer. Tenía la boca seca y unas molestas ganas de orinar, así que salió del coche y caminó entre los árboles en silencio. Todavía resultaba imperceptible la silueta de la sierra del Cuera. Atrás quedaba el barullo de la fiesta, y pronto sonarían las primeras gaitas y se reunirían los coros y los danzantes en la plaza del pueblo para festejar la llegada del verano. La hojarasca del camino acompañaba sus pasos. Venus iluminaba el cielo nocturno. Era sin duda un momento perfecto.

»Pero había algo que la inquietaba. Un sentimiento de culpa en la boca del estómago que le hizo tomar conciencia de que pronto se separaría de Suso. Mientras avanzaba por el bosque, pensaba en él. A veces se maravillaba de la conexión que había entre ellos. Sin duda habría podido enamorarse, o quizá ya lo estaba un poco. Tal vez había sido un

tanto irresponsable al acostarse con él. Al fin y al cabo, tomarían caminos distintos tras el verano. Estaba decidida a marcharse del pueblo y a buscar un futuro mejor. Nada ni nadie la detendría. Ni siquiera él.

»Andaba en estos pensamientos cuando escuchó el rumor del agua. La sed le secaba la boca. Descubrió entonces una fuente de la que manaba un chorro abundante. En el preciso instante en el que se acercó a beber, la primera luz del amanecer incidió sobre el agua. Los destellos del sol se desparramaban con brillos multicolores. Julia introdujo las manos en el agua y bebió hasta quedar saciada. En ese preciso momento, un temblor extraño recorrió su columna vertebral y cayó de rodillas sujetándose el vientre. El terror la estremeció y una certeza se instaló en su cabeza.

»Antes de salir corriendo en dirección al coche presa del pánico, supo que estaba embarazada.

El hombre de la camisa blanca tosió y se aclaró la garganta para intervenir, pero el de la camisa roja se lo impidió.

—Antes de que digas nada, te ruego que escuches esta historia.

Mismo lugar, verano de 2023

24 DE JUNIO, Día de San Juan. Faltaba media hora para que amaneciera. Lo haría exactamente a las 6.42 horas en el barrio de El Bibio de Gijón. Tras el divorcio, la subinspectora de la Policía Nacional, Marina Roldán, vivía de alquiler en un piso propiedad de la tía de su compañero, el agente Lino Cueto. Una vez resuelto el último caso, la necesidad de efectivos en otras unidades obligó a disolver la Brigada para el Oriente. Desde aquello habían transcurrido ya cuatro años. Tiempo que Marina había aprovechado hasta conseguir el ascenso a subinspectora.

Los componentes del antiguo equipo andaban cada uno por su lado. Lino y ella colaboraban de vez en cuando con la UFAM, la Unidad de Atención a la Familia y la Mujer, y Bedia acababa de cerrar un caso con una veintena de robos a joyerías en Avilés.

Pertrechada con unas mallas negras y una camiseta de tirantes del mismo color, Marina echó un vistazo al espejo antes de salir de casa. Le sentaba bien el ejercicio matutino. Se pellizcó las mejillas provocando el sonrojo de la piel y achinó sus ojos amielados. Las patas de gallo se mantenían en niveles aceptables. Así que, levantó la barbilla, guiñó un ojo y decidió que ese día no se dirigiría hacia la playa; la Noche de San Juan había hecho estragos y los operarios se afanaban en la limpieza de la costa.

Sería mejor rodear el parque de Isabel la Católica, al que ya se había habituado.

Después de cuatro años, uno malo y tres regulares, creía haber pasado página tras su divorcio. Carlos solo era un recuerdo, bonito y feo a la vez, que dolía un poco cuando revivía cómo había terminado la relación. En ese tiempo había conseguido potenciar sus prioridades. La vida de soltera la trataba bien. Salvo algunas noches oscuras en que la soledad se acostaba a su lado y su fétido aliento le robaba el sueño. Cuando esto ocurría, se levantaba de la cama antes de que el sol hiciera acto de presencia. Desde el encuentro con la niña de los lagos de Covadonga, la vida se le había revuelto, llenándose de fantasmas. Los malos recuerdos regresaban: los compañeros que había perdido por el camino, la traición de Carlos y el cambio obligado de residencia y de perspectiva.

Marina salió de casa. El rellano de la escalera le proporcionaba una visión panorámica del portal. Divisó a Luisa desde el primer piso, la pareja de su compañero Lino. La chica era la encargada de limpiar los portales de la comunidad. Aquella mañana, aprisionaba su cabello rebelde de rizos a lo afro en un moño tirante que le tensaba la piel de la sien, alargando sus cejas. El mocho bailarín que se deslizaba por el piso con la fuerza de sus brazos se movía a ritmo de bachata. La voz risueña de Luisa contagiaba buen humor.

La subinspectora trotó al bajar los diez escalones que la separaban de ella casi sin hacer ruido. Antes de que Marina posase el pie en el último escalón, el sexto sentido de Luisa ya le había informado de quién bajaba por la escalera; era capaz hasta de saber a dónde se dirigía. Era un don, según le había explicado el día en que Lino las presentó; lo había heredado de una tía, que emigró a Cuba en busca de fortuna y regresó a los pocos años con un marido pobre como una rata, más feo que Picio y con cinco hijos como cinco soles.

Todos varones. La tía de Luisa era una mujer generosa que se hizo cargo de ella cuando fallecieron sus padres. «Bendita tú eres entre todos los hombres», le decía besuqueándole la cara. Y así se crió ella, mimada y feliz.

Las dos mujeres se saludaron con efusividad y, después, la subinspectora salió a la calle y caminó a buen ritmo hasta alcanzar el parque. Rodeó la zona de juegos infantiles y se adentró en los jardines sembrados sobre las marismas del río Piles; un lugar antaño insalubre, con charcas cenagosas y criadero de mosquitos, transformado en un vergel muy atractivo para la ciudad. Eucaliptos, cipreses y chopos crecieron rápido. Después llegaron los tejos, los ginkgos, los cedros, los robles, los pinos, hasta los magnolios. Una comunidad de vecinos bien avenidos que proporcionaba un sople de oxígeno a cambio de un espacio donde expandirse. Los árboles añosos aportaban confianza a la policía y ella los consideraba una buena compañía.

Acababa de recorrer el lago artificial cuando un pitido molesto captó su atención. Ralentizó la marcha y consultó el teléfono móvil un tanto extrañada, porque aquella semana tenía turno de tarde y no esperaba llamadas. Un mensaje luminoso ocupaba la pantalla. El nombre que leyó en ella la hizo detenerse en seco. El Jefe Gris la citaba en su despacho en media hora.

En ese mismo momento, el agente Lino Cueto se encontraba sentado en el suelo de su casa, en la postura del indio. Se había permitido un descanso y apuraba una taza de café humeante. Ante él se desplegaban las piezas de una estantería de madera cuyo nombre contracturaba la lengua. Una de esas con instrucciones ininteligibles, solo aptas para gente dotada de altas dosis de paciencia. Deslizó la vista por las maderas apiladas y reparó en una bolsa que contenía arandelas y tornillos suficientes para remachar de nuevo la torre Eiffel, y se

preguntó en qué momento había rechazado la oferta del vendedor de enviársela ya montada por un módico precio. Se rascó la cabeza con cuidado de mantener la perfecta raya de su peinado, llenó los pulmones de aire y releyó las instrucciones. Perdido en la visualización de cómo resultaría la estantería una vez acabada, el sonido de una notificación en el móvil llegó como una excusa pertinente. Se levantó del suelo y leyó, mientras devolvía a la cocina la taza de café.

En media hora en el despacho de Gris.

Un gesto de extrañeza se dibujó en su cara. ¿Para qué lo requería el comisario? «Media hora», se dijo mirando el reloj y, a continuación, abandonó las piezas de la estantería sin armar.

LA COMISARÍA ERA un hormiguero de agentes a tan temprana hora de la mañana. Caras despejadas y cabezas recién peinadas que destilaban a su paso el aroma fresco de la colonia de baño. La agente Nora Sirgo bajaba las escaleras con tanta rapidez como si fuera a sofocar un incendio. Parecía llevar muchas horas ya en funcionamiento. Lucía el cabello rubio peinado en una trenza bajo la nuca y se había perfilado la línea de agua de los ojos de un sutil color azul, llenándolos de profundidad. Acababa de recibir la citación del Jefe Gris mientras repasaba la ficha policial de un presunto acosador. Los compañeros de Delitos Informáticos de Oviedo necesitaban un perfil psicológico. Desde que colaboraba con ellos, Nora había tenido que aprender a coserse la piel del corazón en muchas ocasiones y a tomar distancia.

El despacho de Gris daba a una salita de espera, donde un agente pecoso levantó la cabeza al verla aparecer, para después continuar como si nada. Un minuto más tarde apareció Marina y, a los dos minutos, lo hizo Lino. La sorpresa

de encontrarse allí los tres les duró un segundo, antes de que el gigante inspector Salvador Bedia bramara desde el último escalón.

—¡Qué bien que hayáis podido venir! —dijo tras una sonora carcajada—. Os preguntaréis qué estamos haciendo aquí el Día de San Juan. Por el momento, voy a pedirlos que me sigáis la corriente.

Las caras de los tres pasaron de la sorpresa al desconcierto.

Pocos minutos después, Gris se asomó por la puerta de su despacho, con el rostro más congestionado que de costumbre, y les ordenó que pasaran.

—Tenemos un suceso raro de cojones, y no es un taco. Es literal —dijo antes de que el último, en ese caso Nora, cerrase la puerta. Para entonces, Bedia ya se había situado cerca de la máquina de café, una muy moderna, de esas de las que presumen los cafeteros, y procedía a prepararse un café colombiano, su favorito. Mientras los demás esperaban acontecimientos, Gris se dirigió a ellos sentado en el borde de la mesa y con los brazos cruzados—. A primera hora de esta mañana encontramos el cadáver de un hombre en un local de la calle Corrida. Acabo de hablar con la patrulla que acudió al aviso. Os quiero allí de inmediato —dijo, señalando primero a Roldán y después a Bedia—. Nada más empezar la temporada turística y ya tenemos el primer marrón. Los de arriba quieren que pase lo más desapercibido posible. En cuanto abran los locales comerciales la zona se va a llenar de gente.

«¡En la calle Corrida! ¡En pleno centro!», pensaron los agentes para sus adentros.

Gris rodeó la mesa, ordenó varias carpetas y extendió un par de folios hacia Bedia, que ya bebía su café. El coloso deslizó la vista por los papeles, sorbió un buen trago y se los pasó a Marina.

—¿Y bien? —El comisario esperaba una respuesta—. Bedia, ya te saliste con la tuya. Ahora quiero que os pongáis en marcha.

—Antes de nada, déjame que les explique a qué te refieres —solicitó dirigiéndose a los agentes—. Como sabéis, llevo mucho tiempo deseando reunir de nuevo a la Brigada para el Oriente. La falta de personal nos impidió trabajar juntos durante estos años, pero parece que el bache quedó resuelto. Así que pedí al comisario que nos permitiera ocuparnos de este caso. Estamos de acuerdo en que sería fantástico volver a trabajar juntos, ¿no?

Los agentes recibieron la noticia con una enorme sonrisa.

—Tengo que confesar que insistí mucho —continuó Bedia—, y que agradezco la paciencia y la confianza que el comisario deposita en nosotros. Pero, antes de ponernos en marcha, voy a pedirte un último favor, Gris. Si vamos a investigar como Dios manda, necesitamos un lugar adecuado.

—Bedia, no te pases —advirtió el comisario, más interesado en centrar la atención en el suceso—. Para que todos apreciemos el tamaño del embrollo del que estamos hablando, el cadáver de un hombre joven apareció en un local que está patas arriba, en plena reforma. La víctima se llama Javier Rivero, veintiséis años, natural de Oviedo, pero residente en Llanes. Llevaba encima la documentación, por eso conocemos su identidad. Los que trabajan en el local lo descubrieron al empezar su jornada laboral. Lo jodido es la forma en que lo encontraron, muerto y sin genitales. Sí, sí, habéis escuchado bien. Emasculación completa.

Un murmullo de sorpresa brotó de la garganta de los agentes.

—El caso es vuestro, Bedia. No se hable más. Tú y Roldán salís ahora mismo para allá. Quiero un informe completo.

—Un momento, Gris, perdona que insista —dijo el inspector—. Necesitamos que nos asignes el cuartel general.

Gris arrugó la frente antes de contestar.

—El espacio que me pides lo ocupa Santisteban y...

—Santisteban puede trabajar en el sótano, en la garita de la puerta o en medio de la calle. ¡Total, para lo que hace! El cuartel general está desaprovechado —continuó el gigante con voz de súplica—. Un despacho colosal ocupado por un solo tío. Devuélvenos nuestra guarida y nosotros sabremos compensarte.

El silencio se impuso de repente. Ninguno de los presentes se atrevió a pestañear, a la espera de la reacción del comisario. El combate entre Bedia y Gris se estaba librando en las trincheras, y la solución llegó después de varias llamadas.

—De acuerdo —dijo el comisario todavía con el teléfono en la oreja—. Desde este momento podéis disponer del despacho de la planta superior. No hace falta que te diga que espero resultados pronto. ¡Vamos! ¡A trabajar!

El inspector salió disparado seguido por los otros tres y subió las escaleras hasta el antiguo refugio con la excitación de un niño al ganar una carrera. La puerta del cuartel general se abrió en el momento en que los cuatro alcanzaban la meta y por ella apareció Santisteban, un agente flacucho, cargado con una caja de cartón, que desapareció por el pasillo.

Bedia asomó la cabeza en el interior del cuartel general y se volvió hacia el equipo.

—¡Lo conseguimos! ¡Estamos de vuelta! —gritó señalando a Lino y a Nora—. Vosotros poned orden en la cueva y nosotros nos vamos a ver el cadáver.

Marina sonrió a sus compañeros sin ocultar la emoción que le provocaba el trabajar juntos de nuevo, y corrió tras la estela de Bedia.